

Jonathon King

EL FILO AZUL DE LA
MEDIANOCHE

Traducción de Mónica Rubio



ediciones Pàmies

Título original: *The blue edge of midnight*

Primera edición: octubre de 2007

© 2002 by Jonathon King

© de la traducción: Mónica Rubio, 2007

© de esta edición: 2007, ediciones Pàmies
Carlos Alonso, editor
C/ Monteverde, 11
28042 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-03-4

Diseño de la cubierta: Sonia Verdú

Foto de cubierta: Florida, Everglades Nat. Park. Cameron Davidson/Getty Images

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

Esto es para mi amigo Bod Stowe, que dejó este mundo demasiado pronto y no puede ser olvidado.

Capítulo 1

Estaba un kilómetro y medio río arriba, con los pies sobre la presa de cemento manchado, concentrado en la tarea de pasar mi canoa por encima del parapeto. Era más de medianoche y tres cuartos de luna colgaban sobre el cielo del sur de Florida. En el desagüe que había detrás de mí, el agua color té procedente de las cascadas borboteaba y giraba, enroscándose sobre sí misma y luego surgiendo en rizos y espirales hasta que se alisaba y se volvía de nuevo negra corriente abajo. Más adelante veía los contornos de gruesas ramas de árboles y lianas colgantes y la lenta curva del agua que doblaba una esquina antes de desaparecer en la oscuridad.

Cuando me trasladé a este río hace ya más de un año, mis ojos urbanos no me servían prácticamente de nada. Mi visión nocturna siempre había tenido la ayuda de las farolas, las luces de los escaparates y los faros que barren las calles, cruzándose unos con otros para crear una red de luz en cada esquina. Había vivido siempre en las calles de Filadelfia, vigilando, calibrando las duras sombras planas, interpretando la luz que salía de una puerta abierta de par en par, esperando el haz de una linterna, previendo el resplandor de una cerilla. Aquí, a veinticinco kilómetros del océano Atlántico en un bosque pantanoso, tardé un mes en acostumbrar mis ojos a la navegación nocturna.

Esa noche, a la luz de la luna, el río estaba iluminado como una avenida. Cuando conseguí que la canoa flotase en el estanque corriente arriba, me apoyé con ambas manos en los costados, equilibré el pie derecho en el centro, me establecí en tres puntos de apoyo e impulsé la canoa hacia las tranquilas aguas.

Me coloqué en el asiento de popa y di seis o siete golpes de remo para dirigirme corriente arriba alejándome de las cascadas y después me preparé. El kilómetro y medio que había recorrido desde mi choza construida sobre pilotes no había sido más que el calentamiento. Ahora me disponía a hacer el duro esfuerzo que se había convertido en mi ritual nocturno. En esa época del año en el sur de Florida, en pleno verano, cuando las lluvias de la tarde llegan como una canción, ese viejo río que va hacia los Everglades extiende sus orillas hacia los cipreses y sabales e inunda las juncias y los anones hasta que el lugar más se parece un bosque ahogándose que un afluente. También era la época del año en la que un hombre con la cabeza llena de recuerdos amargos podía llevar una canoa hasta la mitad del río y esforzarse y sudar a través de otra noche imposible más.

Metí el pie derecho debajo del asiento, apoyé el izquierdo contra una cuaderna y estaba dando las primeras paladas fuertes cuando advertí un brillo más adelante, en la maraña de raíces de un gran ciprés.

Basura, pensé, dando dos fuertes paladas en esa dirección. Incluso allí se tropezaba uno con la dureza de la civilización. Pero el paquete parecía demasiado apretado a medida que me acercaba. Arpillera; lo distinguí al acercarme y ver el color crema de la tela.

Di una palada más y me acerqué a lo que ahora parecía ser un hatillo del tamaño de una bolsa pequeña de viaje. La corriente empujaba suavemente el paquete en el hueco de una raíz cubierta de musgo. Extendí el remo y lo toqué, soltando el extremo oculto de las sombras. Cuando finalmente se deslizó hacia el agua libre, la luz de la luna cayó sobre él y se detuvo en el rostro tranquilo y muerto de un niño.

El aire se me detuvo en el fondo de la garganta y luego rompió como una burbuja en la boca. Oí que me salían mis propias palabras como un susurro:

—Santo cielo. Otra vez no.

Durante una docena de años fui policía en Filadelfia. Entré con el suave rostro de los diecinueve años sin la bendición de mi padre. Él era policía. No quería que siguiera sus pasos. Actué en contra de sus deseos, lo que por entonces ya se había convertido en una costumbre, y pasé por la academia del mismo modo que había pasado por la escuela. Utilicé el sistema, hice lo justo para pasar, no destaqué, pero traté de permanecer siempre con la cabeza alta. Mi madre, Dios la bendiga, decía que era un pecado.

—El talento —decía—, es un don de Dios. Lo que haces con él es el don que tú le devuelves.

Según ella, mi talento era el cerebro. Mi pecado era usar sólo la mitad.

El trabajo policial me resultaba fácil. Con un metro noventa y poco más de noventa kilos, había jugado algo al fútbol en el instituto, sin destacar, y mi amigo Frankie O'Hara solía arrastrarme al gimnasio de su padre en el sur de Filadelfia de vez en cuando para actuar como sparring. Allí mi fuerza consistía en que no me importaba dejarme pegar. Un golpe en la cara nunca me preocupó mucho. Mi madre nunca pudo explicar cómo funcionaba ese rasgo con mi otro «talento». Pero la combinación de una inteligencia encubierta, cierto tamaño y la indiferencia por el hecho de que me rompieran la nariz hizo que me resultara fácil el trabajo policial.

En mis años en el cuerpo, trepé poco por el escalafón. Me llegaron a dar algunas tareas especiales y trabajé durante un corto espacio de tiempo en el departamento de investigación. Hice el examen para ser sargento un par de veces. Pero ciertos malentendidos con la dirección y la frase «el oficial Freeman parece carecer

totalmente de ambiciones» hizo que me encontrara paseando por los bajos fondos en el turno de cuatro a doce. A mí me pareció bien hasta la noche en que disparé a un crío por la espalda.

Era casi el final de mi turno. Estaba bajo una fría llovizna junto al quiosco de Murphy, una pequeña tienda pegada al local de comida preparada al lado de Broad Street. Murph repartía los periódicos diarios, tenía tres estantes de revistas con el conjunto mensual de falsas delanteras y probablemente la estrella de su negocio, los impresos diarios de las carreras. Con sus treinta años en la calle, Murph era el ser humano más ácido y escéptico que yo conocía. Era un tiarrón que se pasaba horas sentado en un taburete de cuatro patas con lo que parecía la mitad de su peso desparramándose a los lados de un pequeño cojín redondo. Tenía una cara gorda que se plegaba sobre sí misma como una calabaza de Halloween con dos semanas de antigüedad y no se distinguía el color de sus ojillos. Nunca le faltaba un cigarro metido en la comisura de la boca.

—Max, eres un gilipollas por quedarte en este curro del modo en que te tratan, tío.

Era la conversación que solía tener conmigo cada noche durante dos años. Tenía una voz que era como grava girando en el fondo de una caja de cartón. Y llamaba a todo el mundo, desde el alcalde a su madre, «gilipollas», así que no te lo tomabas como algo personal.

Aquella noche, gruñía acerca de los resultados de las carreras del día en el hipódromo Garden State cuando mi radió empezó a chirriar con la información de que había saltado una alarma silenciosa en C&M Stop and Shop, en la calle Trece, a la vuelta de la esquina. Me incliné para bajar el volumen y Murph hizo rodar el cigarro con la lengua. Entonces oímos el estallido de un disparo de arma de pequeño calibre a lo lejos. El viejo vendedor me miró de frente y, por primera vez en dos años, me di cuenta de que sus ojos eran de un azul pálido y claro.

—Casamir —gruñó mientras yo salía por la puerta abierta, con la mano ya sobre la cartuchera de mi nueve milímetros.

La adrenalina no tarda mucho en fluir por la sangre cuando oyes disparos. Como policía de ciudad, había oído demasiados. Y cada vez, tenía que luchar contra el deseo inmediato de darme la vuelta y marcharme en dirección contraria.

Estaba llegando a la esquina y mi ritmo cardíaco, habitualmente lento, me golpeaba el pecho. Trataba de hacerme una escena mental de la tienda de Casamir; la segunda tienda a partir de la esquina, puertas de cristal pegadas contra la pared, sórdida iluminación fluorescente en el interior, Casamir con su sonrisa excesiva y aquel calibre 25 detrás del mostrador. No pensé en el pavimento deslizante de la acera ni en la falta de una protección adecuada cuando di la vuelta a la esquina y traté de fijar los pies al suelo mientras patinaba y me encontraba de frente con el cañón de la pistola de un tipo.

Snap.

Oí el estallido de su pistola pero apenas advertí el agudo impacto contra el cuello y me levanté sobre un pie, saqué la nueve milímetros y vi que el chico estaba de pie a cuatro metros; su único ojo era el agujero negro de un cañón de pistola. Yo miraba fijamente el agujero cuando advertí el movimiento de algo que salía de la puerta de Casamir y luego *Snap*, otra ráfaga.

Dudé durante un maldito instante y luego apreté el gatillo. Mi arma saltó. Parpadeé instintivamente. El caos reinó sólo un segundo. Y luego la calle quedó en silencio.

El primer chico cayó sin apenas un suspiro. La 25 de Casamir había disparado el tercer tiro de la noche y atrapó al tirador callejero en plena sien. Mi disparo alcanzó al segundo chico, el que había salido por la puerta cuando yo dudaba. La bala de nueve milímetros le dio en la espalda, entre los huesudos omóplatos, y él cayó. Contrariamente a las versiones de Hollywood, el chico no cayó hacia atrás por el impacto. No giró. No se deslizó lentamente hasta quedar de rodillas ni intentó alargar la mano y decir el nombre de alguien. Simplemente se derritió.

El ruido de mi pistola me resonaba en los oídos y debía estar

levantándome, porque el ángulo de la escena cambió, pero no sabía cómo podían funcionar las rodillas.

Casamir estaba de pie sobre los cuerpos cuando recorrí los cuatro metros. Me miró con la vieja 25 colgándole de la mano.

—¿Max? —dijo, confuso ante mi presencia. Tenía la cara blanca. Su sonrisa había desaparecido. Quizá para siempre.

El primer chico estaba bocabajo. La pistola que había disparado, primero a Casamir y luego a mí, se había caído al asfalto. El chico más joven, el mío, yacía torcido en una postura extraña y su ropa, ancha y negra, parecía cómicamente vacía. Pero tenía la cara vuelta hacia arriba, los ojos abiertos y empañados a través de unas largas pestañas infantiles. No podía tener más de doce años.

Estaba mirando fijamente aquella cara cuando Murph, arrastrándose desde el quiosco, se acercó a mi lado, me miró y luego miró al chico.

—Gilipollas —dijo. Pero no estoy seguro de a quién se refería.

Yo seguía mirando la cara del chico, tratando de respirar a través de un líquido que me burbujeaba en la garganta, y luego oí a Casamir repitiendo mi nombre:

—¿Max? ¿Max?

Levanté la vista. Él me miraba fijamente, se señalaba la garganta y decía:

—Max. Te han disparado.

Y de pronto aquella noche, y aquel mundo, se volvieron suavemente negros.

Capítulo 2

—Santo cielo. Otra vez no.

En el río sigo mirando el rostro del niño, brillando a la luz de la luna, balanceándose en el agua, y mi primera reacción es ayudar. La segunda es largarme. La tercera es tranquilizarme.

El sonido de millones de insectos chirriantes se superpone al silencio. Inspiro una bocanada de aire húmedo y caliente y me obligo a pensar. Estoy a un kilómetro y medio de mi cabaña y a unos cuatro de la estación de guardas forestales. Estoy contemplando un crio muerto y el escenario de un crimen. Llevo mucho tiempo siendo policía, aunque me retirase hace dos años, y si algo me ha enseñado mi aislamiento es que no puedes sacártelo todo de la cabeza para siempre.

Empiezo a organizarme, a hacer un esquema. El bulto estaba bien metido entre las raíces de un ciprés, pero podía haber sido empujado por la corriente o colocado allí a propósito. El cuerpo está envuelto de manera cuidadosa y apretada, pero se ve el rostro. ¿Por qué? ¿Qué necesita mirar? La piel está tan pálida que parece intacta, pero quien sabe qué efectos habrán tenido las salobres aguas. Y si ha ido flotando boca arriba, la sangre ya puede haberse ido de la cara.

La tela que envuelve el bulto es de nailon fino. Me parece de-

masiado limpia. Demasiado nueva. Empiezo a estirar la mano y a tratar de alcanzarlo con el remo, pero vuelvo a mirar la cara y me detengo. Escenario del crimen, me digo. Que lo hagan los profesionales. No se va a ir a ninguna parte. Vamos a llamarlos.

Son cuatro kilómetros río abajo, al menos una buena hora hasta la estación de guardas forestales en Thompson's Point. Cleve Wilson, el jefe, estaría allí en su turno de veinticuatro horas. Hago girar la canoa y vuelvo hacia el norte en dirección a la pequeña cascada. En ocho o diez paladas enérgicas cojo velocidad y luego me inclino hacia atrás y me lanzo sobre el embalse, un desnivel de más de un metro, cayendo a continuación sobre la parte baja del río, salpicando agua a ambos lados. Al salir hacia arriba, empujo otra buena cantidad de agua con el remo, me apoyo y lanzo la canoa hacia delante. La cara de un niño muerto me vuelve a perseguir.

En unos segundos cojo el ritmo. Eficiente, lleno, con una ligera elevación al final. La misma potencia, el mismo empuje, el mismo final. Me deslizo a través del húmedo bosque, retrocediendo sólo para girar en las curvas más pronunciadas, remando más lento sólo para rodear las más suaves. Estoy sudando pero ni siquiera intento quitarme el sudor de los ojos, sólo sacudo las gotitas con un movimiento de cabeza y sigo avanzando. Me conozco el camino de memoria y en cuarenta minutos el río se ensancha y empieza a curvarse hacia el este, hacia el océano. La bóveda de cipreses se abre y luego cae tras de mí. La luna me sigue. Ignoro el ardor que empiezo a sentir en la espalda y mantengo los ojos fijos en la siguiente silueta negra de manglares que empiezan a surgir del agua indicando un giro del río, y me dirijo recto hacia ellos. Avanzando de punto en punto, voy superando metas.

Lo que buscaba cuando vine aquí era algo que no me hiciera pensar y físicamente exigente y sencillo. Había comprado esta canoa Voyager especialmente construida; un diseño clásico de madera pero a la vez moderno hecho de forma artesanal, con sus cuadernas y nervaduras de madera. La lancé al río y remé hasta

cansarme. He oído decir a atletas, corredores de larga distancia y nadadores que pueden llegar a un estado en el que trabajan sin pensar. Establecen un ritmo y desconectan del mundo.

Pero yo era incapaz. Pronto descubrí en mi aislamiento que la cosa no iba a funcionar así. Con ritmo o sin ritmo. Con silencio o sin silencio. Le doy muchas vueltas a las cosas. Y las piedras que me entraron en la cabeza después de que disparase a un crío ante una tienda abierta las veinticuatro horas iban a girar y girar y yo no me iba a olvidar. Puede que acabara desgastando los bordes más afilados. Pero no iba a olvidar.

Lo último que recordaba de aquella noche en Filadelfia fueron las palabras de Casimir: «Te han disparado». Luego imité su mano, que se llevó al cuello, y me di cuenta de que la mía estaba mojada y pegajosa con una sopa de sudor y sangre. Palpé el músculo de debajo de la oreja con la punta de los dedos y no sentí nada hasta que el índice tropezó con un agujero que no tenía que haber estado allí. No sé si perdí la conciencia o simplemente me desmayé.

Cuando desperté en el hospital Thomas Jefferson de Filadelfia, empecé a darle vueltas al asunto. Sabía que debían haberme cargado con un gotero de morfina y todos los demás narcóticos de rigor, pero no desperté grogui, desperté analizando.

Lo primero en que pensé fue en la parálisis y me asustaba moverme porque no estaba seguro de querer saber. Miré fijamente al techo y luego empecé a girar los ojos hacia los rincones blancos y hasta un aplique de luz, después hasta la pantalla de una televisión fijada en lo alto de la pared de enfrente, luego hacia la izquierda, a la barra de la cortina y hacia la derecha, un espejo en el que no me podía mirar.

Me concentré en lo que podía sentir y advertí la fresca rigidez de la sábana contra las piernas y el pecho, y me animé lo bastante como para mover la mano derecha. «Da gracias a Dios por los pequeños milagros». Pude oír el viejo mantra de mi madre, me llevé

la mano al lado izquierdo del cuello y sentí el vendaje, gruesas gasas que lo rodeaban. Cuando intenté mover la cabeza, el dolor se me disparó directamente en las sienes y supe por el hormigueo que probablemente las vértebras estarían intactas.

Estaba repasando los dedos de las manos y de los pies cuando el jefe de distrito Osborne entró en mi habitación, seguido del cuñado de mi padre, el sargento Keith O'Brien, y alguien con traje oscuro que debería haber llevado escrito en una pernera «Chupa-tintas», como en esos chándales de las universidades, que ponen «Hurricanes» o «Quakers».

—Freeman, hombre, me alegro de verle vivo.

Nunca me había encontrado con el jefe de distrito en los doce años que llevaba en el cuerpo y estaba seguro de que él no conocía mi nombre hasta primera hora de aquella mañana, cuando un mensajero le despertó de un confortable sueño en su casa en el acogedor barrio de East Falls. Era un hombre alto, ancho de hombros y con tripa que llevaba una especie de camisa estampada con dibujos de cachemir y se había echado por encima un abrigo de sport azul marino para parecer tanto formal como apresurado. Tenía el pelo gris y una nariz bulbosa que empezaba a mostrar la telaraña de venillas rojizas causadas por la excesiva ingestión de whisky durante muchos años.

—Los médicos nos dicen que es usted un oficial con suerte, Freeman —dijo—. Dicen que un par de centímetros más hubieran sido fatales.

Por supuesto, un par de centímetros más y la bala no me habría alcanzado, pero como era un oficial con tanta suerte, decidí aceptarlo y no contestar, ni aunque hubiera podido. Tenía la garganta hinchada y pastosa como si hubiera ido al dentista y el tipo me hubiera atiborrado de novocaína hasta la clavícula.

Volví los ojos hacia mi tío, que se había mantenido respetuosamente un paso por detrás del jefe. Como estaba estudiando detenidamente el borde de la cama o la puntera de sus zapatos, empecé a entender.

—Dicen que ya está fuera de peligro, Así que no se preocupe. Pero en cuanto pueda, necesitamos tomarle declaración —dijo Osborne, señalando con la cabeza al chupatintas como parte del «necesitamos», pero sin presentármelo.

Hubo un extraño silencio. No se puede tener una entrevista con un hombre mudo. No se puede felicitar a un policía con una herida de bala. No se puede decir «buen trabajo» a un oficial que acaba de matar a un niño.

—Volveremos a verle, Freeman —dijo Osborne finalmente, extendiendo la mano hasta que se dio cuenta de que la mía no se iba a mover, y luego dando una especie de palmadita de consolación en el lado de la cama. El jefe y el tío con el que más tarde lidiaría en su papel de director de recursos humanos se dirigieron hasta la puerta, intercambiaron unas cuantas frases cortas con el sargento O'Brien y se marcharon.

Mi tío Keith se acercó a la cama, mirándome de frente por primera vez. Me hizo un guiño irlandés y esperó un tiempo prudencial antes de lanzar la artillería pesada.

—Imbéciles —dijo, sin especificar a quién se refería el título y dejando que calara—. ¿Cómo estás, chico? —dijo finalmente.

Cuando traté de responder, ni siquiera conseguí graznar debido al chute de novocaína que llevaba encima. Me llevé de nuevo la mano derecha al lado izquierdo del cuello, un movimiento que ya estaba impreso en mi mentalidad posquirúrgica.

—Un tiro limpio —dijo, inclinando la cabeza hacia la derecha—. El gamberro te disparó con una 22 antes de que respondieras. Los de las urgencias dijeron que la bala pasó directamente por el músculo, sin tocar la tráquea ni la arteria carótida.

Me contó que la bala me había pasado a través del cuello dejando una herida de entrada tan limpia como una perforación en un papel. La herida de salida era dos veces más ancha y deshilachada. El plomo se había clavado en la fachada de ladrillo de la tintorería de la calle Trece, haciendo un agujero del tamaño de un dedal con salpicaduras de sangre de Max Freeman alrededor.

—El chaval era un tirador de cojones —dijo antes de advertir mi mirada. Keith era como la mayoría de los policías de Filadelfia y de todos los departamentos del país. En veinticinco años nunca había sacado su arma en cumplimiento del deber. Si el departamento no hubiera establecido un examen de tiro obligatorio, las balas de su anticuado revólver seguirían aún oxidadas en la recámara. Pero había visto los resultados de muchos tiroteos. Conocía a oficiales que habían tenido que matar y había visto el cambio experimentado por ellos. Nadie lo hacía sin cambiar.

—Muertos los dos —dijo—. La policía científica los recogió a los dos en la misma acera.

Dudó, mirando hacia otro lado.

—De doce y dieciséis años. Los dos del norte de Filadelfia. Saqueando el centro por la noche.

Continuó diciendo que los periódicos y los programas de radio ya estaban vociferando sobre el reciente descubrimiento este mes de que había críos que llevaban armas. Dijo que un testigo al otro lado de la calle, en Chestnut, proclamaba que yo había disparado primero y que me había cargado al chico sin previo aviso. Dijo que Asuntos Internos tenía mi pistola y que la conservaría durante toda la investigación del tiroteo, pero que como a mí me habían herido y eso, que no tenía que preocuparme.

Él hablaba, pero yo sólo oía, no escuchaba. Los ojos se me fueron otra vez al techo y la mano derecha al vendaje del cuello.

Debía estar a unas cuarenta paladas del embarcadero de Thompson's Point cuando los rayos de luz de los focos me dieron en toda la cara. Había cubierto los dos últimos kilómetros en casi treinta minutos y había mantenido un ritmo constante de setenta paladas por minuto todo el tiempo. Mi camiseta gris estaba negra de sudor y tenía un dolor en el costado que había empeorado después de los primeros quince minutos.

Seguí avanzando hacia la luz cuando una voz gritó y dos conos más de luz cayeron sobre mí. No remé más despacio, mantuve el ritmo hasta que sentí que el fondo de la canoa golpeaba la rampa de gravilla.

—¡Para, Max! Despacio, chico

La de Cleve Wilson fue la primera cara que distinguí mientras bajaba por la rampa hacia mí para saludarme.

—Íbamos a ir hacia donde estabas —dijo, con un tono extraño en la voz y paseando la mirada por ambos lados del embarcadero.

Sacudiéndome el sudor de los ojos, conseguí enfocar al resto del grupo de cinco personas que estaba en la rampa. Había cuatro hombres y una mujer. Dos de los hombres eran anchos de pecho y cintura e iban vestidos con el uniforme marrón de la Patrulla de Carretera de Florida. Los otros dos parecían delgados e iban vestidos con pantalones de lino y camisas azul claro arremangadas. El más joven me dijo en español cuando el agua del río le llegó a los mocasines.

La mujer era tan alta como los otros cuatro y vi un atisbo de pelo rubio a la luz de la linterna, pero retiré la vista. La noche ya estaba demasiado llena de recuerdos. No quería pensar en el torbellino que aquel mechón de pelo me había traído al corazón.

Miré de nuevo a Cleve y advertí la duda en su expresión. Yo ya estaba tratando de averiguar cómo se habían enterado de lo del cuerpo del niño cuando empezó a hablar.

—Íbamos hacia el embalse —dijo—. Estos chicos tienen indicios de que puede haber algún tipo de pista para la investigación que están llevando a cabo.

Cleve hablaba con su acento de sureño cerrado, el que usó conmigo durante el primer mes después de conocernos. Tenía la costumbre de hacerse el paleta para que los demás enseñaran sus cartas tomándolo por menos inteligente de lo que era. Estaba a punto de hacer las presentaciones cuando los camisas azules tomaron la iniciativa.

Los detectives Mark Hammonds y Vincente Diaz, investigadores del sheriff del condado en colaboración con el Depar-

tamento de Policía de Florida. Cuando Hammonds se adelantó, utilizó el experto apretón de manos de un hombre de negocios y el viejo truco del entrevistador de mirarte fijamente a los ojos como si pudiera ver la verdad oculta tras ellos, donde no puedes esconderla. Yo había usado muchas veces aquella mirada. Se la sostuve hasta que cedió, y luego di medio paso atrás. Hammonds era de esos tipos que se aseguraba de que te enterases de que el que mandaba era él sin usar palabras. Era un hombre delgado de cincuenta y pico, de ojos cansados, pero cuadró los hombros y como tanta gente en su posición, se obligó a parecer más grande.

Diaz fue más rápido con el apretón de manos. Era un hispano pulido y joven y no podía evitar ser amable. Si los policías tuvieran ejecutivos juniors, él sería el tipo. Ansioso por aprender, ansioso por gustar. Tenía grandes dientes blancos cuadrados y, aunque lo intentaba, no podía evitar sonreír un poco.

La mujer no se acercó a la orilla y cuando Hammonds la presentó como la detective Richards, de Fort Lauderdale, yo también guardé las distancias. Nos saludamos con la cabeza. Ella permanecía con los brazos cruzados como si tuviera frío, incluso en una noche en que el aire flotaba cálido y neblinoso junto a la orilla. Su perfume se acercó en una ráfaga de viento del río y me pareció muy fuera de lugar. Cuando me volví para hablar con los demás, sentí sus ojos en mi espalda.

—¿Así que ya les ha avisado alguien? —dije finalmente, dirigiendo la pregunta a Cleve mientras me inclinaba para subir más la canoa por la rampa.

—¿Avisarnos de qué? —dijo Hammonds.

—Tienen ahí fuera el escenario de un crimen —dije, pero me di cuenta inmediatamente de que aunque no era una noticia inesperada, los cogió de improviso. Los labios de Hammonds se apretaron y Diaz parpadeó. Sentí que la mujer daba un paso instintivo hacia delante.

—¿Qué clase de escenario, señor Freeman? —dijo Hammonds.

—Un niño muerto. Empaquetado. Justo un poco más arriba del embalse.

Cleve fue el único del grupo que se impresionó de verdad.

—Dios mío, Max —dijo, mirando a los rostros que tenía a su alrededor.

—Vamos a llevar a un equipo —dijo Hammonds sin dirigirse a nadie en particular mientras miraba hacia el agua, con la fuerte barbilla apuntando al aire.